

Siendo S. Estéban tan agradable á los ojos del Señor no le podían faltar trabajos y adversidades. Padeciólas muy penetrantes y muy vivas, que acrisolaron su virtud con las mas sensibles pruebas. Sufrió por espacio de tres años una prolongada enfermedad, acompañada de cruelísimos dolores, sin que se alterase un punto ni la majestuosa alegría de su semblante, ni la serenidad de su corazón. Arrebatóle la muerte á todos sus hijos, no dejándole mas que al príncipe Emerico su primogénito, jóven dotado de todas las prendas que se podían desear para formar un gran príncipe. Educado por un padre que le servia de maestro, siendo á un mismo tiempo el modelo mas perfecto que podia imitar, caminaba á largos pasos en seguimiento de sus huellas; y siendo perfecto imitador de sus virtudes, observaba escrupulosamente todas las santas máximas que el rey le habia inspirado, componiendo de ellas el mismo monarca un precioso libro para la instruccion de su querido hijo. Pero le quitó Dios este amable hijo cuando se hallaba en lo mas florido de su edad: golpe que sintió el rey con el mas vivo dolor, sin hallar otro consuelo á tan dolorosa pérdida que el que buscó y encontró en su mucha religion, y en su heroica virtud; pudiéndose decir con verdad que nunca se mostró mas santo que en aquella grande afliccion.

Los besas, pueblos bárbaros, hicieron una irrupcion en sus tierras; pero quedaron tan enamorados de la virtud del santo rey, que diputaron sesenta de los mas principales de la nacion para pedirle su amistad. Desarmólos precisamente su piedad, y los acabó de encantar, cuando mandó el rey que se les restituyese todo lo que les habian tomado sus tropas, que batian el país, sin embargo de que se podia quedar con ello por via de represalia, en recompensa de los daños que habian hecho en sus estados.

Muerto el emperador Enrique, su cuñado, Conrado su sucesor entró en Hungría con un poderoso ejército. Vióse precisado Estéban, á pesar de su amor por la paz, á marchar contra él á la frente de sus tropas; pero movido de la compasion y del horror que le causaba ver derramar sin justo motivo la sangre de sus vasallos, recurrió á Dios y á su continua protectora la santísima Virgen. Apenas acabó su oracion, cuando las tropas de Conrado se pusieron en desordenada fuga, con tanta precipitacion como si hubieran sido enteramente derrotadas, sin que hasta ahora se hubiese podido averiguar el verdadero motivo que tuvo aquel formidable ejército para retirarse.

Habia ya algunos años que el rey guardaba casi siempre la cama, reducido á ella por sus frecuentes enfermedades, cuando

algunos señores, descontentos de la inexorable rectitud con que administraba justicia, resolvieron quitarle violentamente la vida, arrojándose al mas negro, al mas atroz, y al mas execrable de todos los delitos. Uno de ellos entró en el cuarto del rey con este sacrilego intento, llevando una espada desnuda debajo de la capa. Oyó el rey algun ruido, y preguntando quién era, la majestad de su voz llenó de tanto terror al asesino, que dejando caer la espada, se arrojó á sus reales pies, confesó su delito, é imploró su piedad y clemencia. Perdonóle benignamente el rey, y convirtióle. En fin, habiendo tenido el santo monarca revelacion de su dichosa muerte se dispuso para ella con nuevo fervor, acabando con él de perfeccionar su virtud; y recibidos los santos sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Criador el mismo dia de la Asuncion, cuya fiesta habia él mismo hecho la mas solemne para toda la nacion húngara. Murió, pues, el dia 13 de agosto del año 1038, á los sesenta de su edad, y cuarenta y uno de su glorioso reinado, con llanto universal de todo el reino, lastimándose cada uno de haber perdido no tanto un rey, como un apóstol y un padre. Fué sepultado su cuerpo en la magnífica iglesia de Alba Real, que él mismo habia edificado, siendo las lágrimas de los pobres el mas bello ornamento de la pompa funeral. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro despues de muerto, se movió la santa Sede apostólica á decretarle los honores que se deben á los santos, y el papa Inocencio XI fijó su fiesta el dia dos de setiembre.

#### SAN ANTONINO Ó ANTOLIN, MÁRTIR.

EN medio de las intrincadas dificultades á que está sujeta la historia de S. Antonino, dificultades de que hasta ahora no ha podido desembarazarse, ni la critica mas fina, ni la erudicion mas copiosa, seria una temeridad ó pretender mejor suerte en la relacion de sus hechos, ó intentar aclarar las dudas de que hasta ahora ninguno se ha desembarazado. La principal causa de esta confusion es un poderoso motivo de consuelo para los que se ejercitan en esta espiritual leyenda. La diversidad de martirologios que hacen mencion de un S. Antonino; las muchas provincias é iglesias en que se sabe haberse celebrado su memoria, y los muchos altares en donde se han venerado sus sagradas reliquias, han sido otras tantas causas para dudar si han sido uno ó muchos los santos celebrados con el nombre de Antonino, y aun en el caso que sea uno, si este se debe adjudicar á España,



Francia ó Siria. Pero esto mismo, que da tanto trabajo á la crítica, y tanto desconsuelo á la curiosidad humana, le sirve á la piedad de una gran satisfaccion. De luego á luego se persuade á que realmente ha existido un verdadero siervo de Dios, que manifestó su caridad testificándola con su sangre, ya que en las iglesias del cristianismo ha sido inmemorial y muy estendido su culto. Esto le basta para leer con confianza sus ejemplos, ensalzar la gloria de Dios en la manifestacion de sus dones, y acallar los gritos de la vana curiosidad cuando quiera levantarse contra la sencilla devocion. Lo que no podemos dudar los españoles es que la iglesia de Palencia venera á S. Antonino por patrono, y se honra con sus reliquias, cuya traslacion celebra el dia 18 de mayo. Igualmente es cierto que celebra esta festividad toda la iglesia de España, cuya respetable autoridad es suficiente motivo para que en medio de las muchas dificultades que ofuscan la historia de S. Antonino, se repunte por un medio seguro de ofrecer á la leccion de los fieles aquella historia del Santo que tiene adoptada la iglesia de España en su rezo, que es la siguiente:

Nació S. Antonino de estirpe real, y su educacion en los primeros años de su vida fué correspondiente á la alteza de su linaje, comprendiendo entre las instrucciones humanas los conocimientos de la santa religion de Jesucristo. En los primeros años tuvo la desgracia de perder á sus padres, por cuya causa quedó en poder de un tio suyo llamado Teodorico, el cual reinaba en Tolosa, y residia en Pamia, lugar de la Galia Narbonense. En este pueblo tenia Teodorico á su sobrino, cuidando de que su educacion fuese correspondiente á los errados sentimientos de que él estaba poseido, que no eran otros que los del gentilismo. Como Antonino habia bebido de antemano las máximas de la religion verdadera, y estas habian echado profundas raices en su tierno corazón, no podia acceder á las supersticiosas instrucciones que se le daban de orden del rey. Adoraba á Dios ocultamente, empleándose con fervor en los piadosos ejercicios que prescribia la religion cristiana. Notaron esto los maestros y familiares que le rodeaban; y juzgando que no debian ocultar al rey una noticia de tanta consecuencia, le dieron parte de cuanto habian visto en el santo mancebo. Turbóse Teodorico; y sucediendo á sus primeros movimientos de turbacion los de la ira y la venganza, determinó castigar en Antonino los que á él le parecian extravíos de su razon é infidelidad al cariño que le manifestaba. Percibió el santo mancebo las funestas resultas del real enojo que le amenazaba; y así, prefiriendo el bien de su alma, y los intereses de la religion, á todos los honores y grandezas

del mundo, determinó abandonar el palacio de su tio, y huir adonde pudiese libremente adorar á Cristo crucificado. Fuése á Roma, y de allí á Salerno, en donde permaneció por espacio de diez y ocho años empleado en la contemplacion y rigores de la vida eremítica, en la compañía de otros muchos varones doctos y virtuosos que allí mismo la profesaban. La ciencia que adquirió en este tiempo, y mucho mas las virtudes nada vulgares en que se ejercitaba, le proporcionaron para recibir los órdenes sagrados, haciéndose subdiácono. El verse consagrado á Dios y al servicio de su Iglesia de un modo tan á su gusto, empenó su fidelidad á tan exacta correspondencia, que en nada pensaba, ni tenia otro ejercicio que el de su propia santificacion, y el de ganar para Dios las almas de sus hermanos.

A las grandes virtudes siempre las auxilia el cielo con su proteccion y sus maravillas. Verificóse esto en Antonino, pues desde aquel tiempo comenzó á resplandecer en la gracia de los milagros, de manera, que por su oracion se vencian á cada paso los impulsos de la naturaleza. Por la virtud que Dios habia puesto en sus manos cobraban á cada paso vista los ciegos, oido los sordos, habla los mudos, sin haber enfermedad, por peligrosa é inveterada que fuese, que pudiese resistir á la superior fuerza de su oracion. Aun los espíritus infernales que tiranizaban á muchos infelices se veian precisados á dejar libres sus cuerpos, obedeciendo la poderosa voz de Antonino, que así se lo mandaba en el nombre del Señor. En medio de los continuos prodigios con que Dios hacia glorioso á su siervo, éste, fiel siempre á su Señor, no olvidaba el empleo de las virtudes cristianas. Su vida era inocentísima, sus costumbres puras, y sus ejercicios cuales convenian á un eclesiástico y á un ermitaño. Oracion continua, contemplacion de los divinos misterios, ayunos frecuentes y mortificacion de los sentidos para sujetar la carne á la obediencia de la razon: tales eran las ocupaciones en que distribuía su vida en el retiro de la soledad. Pero como sabia que no es buen siervo el que recibiendo el talento le conserva escondido sin esponerle á ganancias, procuraba emplear los que el Señor le habia comunicado en el provecho y salud de sus prójimos. Dejaba su amada soledad para ejercer el ministerio de la predicacion, advirtiendo á los hombres sus errados caminos, y mostrándoles la senda segura por donde podrian conseguir su felicidad verdadera. Predicaba igualmente contra la gentilidad y todo género de errores, sin que el miedo pusiese freno á su lengua, ni prefiriese su vida á los soberanos intereses de la verdad. Una de las cosas que mas deseaba en este mundo era verter su



sangre en defensa de la religion; y este deseo al mismo tiempo que le hacia solícito de la salvacion de las almas, le daba intrepidez para predicar á todo riesgo las sacrosantas verdades. Sacrificaba con todo gusto á este santo ministerio toda su comodidad, sin reparar en padecer hambre, sed y cansancio, siempre que consiguiese cumplir exactamente las obligaciones de su ministerio. Dios mismo cooperaba por su parte á este mismo fin con portentos y maravillas; pues hallándose en cierta ocasion predicando en un sitio tan árido y desprovisto, que perecian de sed él y sus oyentes, levantó los ojos al cielo, é hiriendo con el báculo en que se apoyaba la tierra, brotó al instante una fuente copiosa con que apagaron la sed el Santo y cuantos le acompañaban.

Algunos años despues de haberse ejercitado en este santo ministerio volvió á su patria, en donde fué recibido benignamente de su tio, que con el tiempo habia olvidado sus primeros resentimientos, y dado lugar á las pacíficas impresiones que hacia en su corazon el parentesco y la sangre. Poco tiempo le duró á Antonino esta paz, que como fundada en causas terrenas no podia ser duradera. Volviéronle á acusar de que era cristiano, llegando á persuadir á su tio que el profesar esta religion en su corte era un delito de lesa majestad, que debia castigar con toda la séveridad de las leyes. Teodorico se mostró tan sensible á esta delacion, que sin reparar en los lazos con que le unia la naturaleza á su sobrino, le mandó encerrar en un oscuro calabozo, cargándole de cadenas y de grillos, y negarle todo alimento, para acabar de este modo una vida que él reputaba por la afrenta de su corona. Siete dias permaneció el Santo sufriendo este terrible tormento, al cabo de los cuales, considerando el rey que ya estaria muerto, bajó á la cárcel en persona para satisfacerse por sus propios ojos de que ya estaba acabada la causa de sus sentimientos. ¡Pero, oh, quanto se engañan los hombres quando quieren medir las fuerzas de la Omnipotencia por las ideas de su corazon! Quando pensaba encontrar muerto á Antonino, consumido de la sed y de la hambre, halló que estaba bueno y robusto, superando la gracia todas las fuerzas de la naturaleza. Aun halló mas, pues encontró dentro de la cárcel á un jóven noble, llamado Almaquio, de los mismos sentimientos y religion que Antonino, al cual le estaba aliviando el peso de las cadenas, cargándolas sobre sí mismo. Este espectáculo, que debiera escitar en el alma del rey los mas vivos sentimientos de compasion y de humanidad, produjo todo lo contrario. Irritóse sumamente con esta visita, y sin consultar á otra cosa que á los mo-

vimientos de la ira, mandó precipitar á Almaquio desde una alta roca, y cargar á Antonino con prisiones mas molestas y pesadas. Mientras el Santo padecia en la cárcel por amor de Jesucristo, se le ofreció á Teodorico la precision de asistir á una guerra, en la cual castigó Dios su inhumanidad y perfidia por una violenta muerte. El jóven Almaquio, que habia sido precipitado, se encontró sano y sin lesion, guardando Dios milagrosamente su vida en premio de su fe y de su constancia. S. Antonino recibió tambien una recompensa semejante de sus trabajos; pues repitiendo el cielo la maravilla que habia ejecutado en otros tiempos con el Principe de los apóstoles, envió un ángel que rompiese las cadenas que le oprimian, y le sacase libre de la cárcel. Viéndose Antonino favorecido con tan grande milagro, cobró nueva confianza, y comenzó á predicar la fe de Jesucristo con la misma actividad y fervor que antes lo habia practicado.

Muerto Teodorico sucedió en el reino Gesaleyco, que era tambien pariente de nuestro Santo, y no menos impío y terrible que su antecesor. Apenas subió al trono comenzó á perseguir el nombre de Jesucristo con la mayor crueldad, por cuya causa, viendo algunos piadosos varones que la vida de Antonino corria mucho riesgo, procuraron inducirle á que se salvase con la fuga, como en efecto lo hizo. Fuése á una soledad, en donde tuvo el consuelo de encontrar al jóven Almaquio, que ya anticipadamente habia elegido aquel sitio para seguridad de su vida, y para el tranquilo ejercicio de sus empleos fervorosos. Habia en este sitio una gruta, que se llamaba Oriental, y junto á ella una cristalina fuente que hacia el lugar muy deleitoso y acomodado á la piedad de sus intenciones. Permanecieron allí los dos santos solitarios bastante tiempo, apartados del bullicio del mundo, y ejercitándose en la alta contemplacion y en rigurosas abstinencias. La misma soledad colmaba sus corazones de seguridad tranquila, y les ofrecia multiplicados objetos en que considerar la grandeza de su Criador. Entre las delicias espirituales de que gozaban tuvieron el consuelo de tener otro compañero llamado Juan, y era sacerdote, el cual habia ido á aquel sitio por inspiracion divina, para tener la dicha de ser mártir como sus dos compañeros. Esta ventura pareció nacida de una casualidad, pero no fué sino un meditado consejo de la divina Providencia. Registraban acaso los cazadores del rey aquellos lugares fragosos, buscando fieras para cebar la diversion de su monarca, cuando he aquí que improvisamente encuentran á los tres Santos. Repararon en ellos con cuidado, y habiendo reconocido á Antonino, dieron cuenta al rey, quien le mandó venir



á su presencia. Luego que le tuvo delante, le habló de esta manera: *¿Qué locura se ha apoderado de tí, ó Antonino, que te hace olvidar de la nobleza de tu sangre, enloquecer á los hombres con los prestigios de esa tu religion, y poner en turbacion todo mi reino?* Antonino, lleno de firmeza y serenidad, respondió estas palabras: *Yo, ó Gesaleyco, no seduzco ni hago enloquecer á nadie, sino que predico á un solo Dios, del cual es todo reino é imperio; y de consiguiente abomino y detesto los dioses de madera y de piedra que tú adoras, como falsos y de ningun poder.* Esta valerosa respuesta encendió la ira del rey de manera, que mandó que cortasen la cabeza á Antonino y sus dos compañeros, y los echasen en el rio llamado Aregia.

Ejecutado el mandamiento del rey, obtuvo nuestro Santo un glorioso martirio, testificando con su sangre y la de sus dos compañeros la verdad de la religion de Jesucristo, y la nulidad de los dioses que adora la gentilidad. No quiso Dios que los cuerpos de sus santos mártires careciesen del honor debido; y así, habiéndolos buscado y hallado los cristianos, los colocaron en un honrado sepulcro. De estas reliquias posee la iglesia de Palencia la cabeza de S. Antonino, juntamente con el hombro y brazo derecho, cuyo tesoro posee de tiempo inmemorial, siendo igual la veneracion que le tributan, como á su amado patrono, á los continuos beneficios que por su intercesion la dispensa el cielo. Entre estos se cuenta que yendo una multitud del pueblo acompañando las reliquias del Santo, oprimieron á un niño en los brazos de su madre, de manera que quedó sofocado y muerto. Lastimados todos del infausto acontecimiento, hicieron que tocase el niño las reliquias del Santo, en la firme persuasion de que no quedaría burlada su fe. El efecto acreditó la solidez de sus esperanzas, pues apenas tocó el niño las sagradas reliquias, cuando inmediatamente cobró nueva vida, y volvió al seno de su madre perfectamente sano. La restauracion de la iglesia Palentina, y reedificacion de la ciudad, fué efecto de los prodigios con que ha favorecido Dios aquel dichoso pueblo por medio de nuestro Santo. Refiere el arzobispo D. Rodrigo que yendo el rey D. Sancho de Navarra, llamado el Mayor, á divertirse cierto dia en el ejercicio de la caza, encontró un jabali, el cual persiguió con ánimo de matarle. Era en el sitio que habia tenido la ciudad de Palencia, que á la sazón estaba enteramente destruida y desierta. El feroz animal viéndose perseguido, se refugió á una concavidad formada á manera de iglesia, dentro de la cual habia un altar dedicado á S. Antonino, que habia podido superar la devastacion de las guerras, el furor de los bárbaros y los reverses

del tiempo. Amparóse el jabali de la estatua del Santo, y habiendo llegado el rey alzó el brazo para traspasarle con un venablo. No pudo ejecutar su intento, porque repentinamente se le quedó el brazo yerto, dando á entender el cielo con esta maravilla que disfrutaba su proteccion quien se acogia á la de Antonino. Este mismo pensamiento le vino al rey, quien implorando la divina misericordia por medio de la intercesion del bienaventurado mártir, se halló repentinamente sano. De este milagro resultó la restauracion de Palencia; porque agradecido el rey al beneficio que habia recibido de S. Antonino, mandó reedificar de nuevo la ya arruinada ciudad, construir una iglesia sobre la concavidad ó gruta donde fué hallado el altar de S. Antonino, y además consagrar un obispo, para que aquella iglesia no careciese de este honor. Era consiguiente manifestar otras liberalidades, en consecuencia de las ya referidas; y así hizo donacion al obispo y á la iglesia de toda la ciudad, con los términos que la pertenecian, añadiendo además algunas villas y otras posesiones de que goza la iglesia Palentina. En los tiempos posteriores no se han manifestado menos las maravillas del Señor, con que ha confirmado que S. Antonino es un siervo fiel, y nuestro benignísimo patrono.

*La misa es en honor de S. Estéban, y la oracion la que sigue:*

Suplicámoste, ó Dios todo- su glorioso propagador en la poderoso, que concedas benignamente á tu Iglesia logre por estension de su reino, mientras vivió con nosotros en la tierra. Por nuestro Señor Jesu-aventurado Estéban, tu confesor, ya que mereció tenerle por cristio, etc.

*La Epistola es del capítulo 51 del Eclesiástico.*

Dichoso el hombre que fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.



## REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro*, ó como lee el texto de la Vulgata: *bienaventurado el rico* que fué encontrado sin mancha: *Beatus dives*. Sin duda que las riquezas, los honores que las acompañan, y la abundancia que las sigue, deben ser grande estorbo á la inocencia y á la salvacion. Parece que la pobreza espanta, por decirlo así, á las pasiones, y que avergonzadas se retiran mientras dura la oscuridad; por lo menos es cierto que la adversidad las abate y las acobarda, haciéndolas pusilánimes, tímidas y tranquilas; cuando por el contrario la opulencia las engríe, las hace imperiosas, soberbias y altaneras; y sacándolas de la oscuridad, donde estaban como aprisionadas, las restituye á su entera libertad. Con facilidad se hacen las cosas que nos lisonjean y nos gustan, por malas que sean, sobre todo cuando se pueden hacer impunemente. Parece que la opulencia como que quita la vergüenza de obrar mal, y que las riquezas todo lo cubren y lo adornan, dorando, por decirlo así, hasta la disolucion; la irreligion y la impiedad. Una bella librea, un magnífico tren, unos muebles suntuosos, y una mesa espléndida, todo lo escusan, hasta cierta ostentacion de indevoción, que escandaliza, que altera, que irrita aun á los menos devotos, por poca religion que abriguen en sus corazones. A la verdad, ninguna cosa asombra mas que la conducta de esos mundanos acomodados, los cuales por otra parte hacen profesion de cristianos. Ya no es la religion la que gobierna su corazón ni su espíritu; la calidad, los empleos, las riquezas son la regla de sus deseos, de sus pensamientos, y se puede añadir que lo es tambien aun de los mismos ejercicios de la religion. ¿Lógrase un nombre, una clase distinguida? Pues casi nunca se declara la piedad en favor de la distincion. ¿Sacónos de entre el polvo y de entre la miseria una rica herencia, un negocio en que sopló favorable la fortuna? Pues olvidóse en un instante aquel primer estado tan inmediato á la nada. Con verdad se puede decir que el amor propio siempre hace fortuna cuando la hace la persona. Rara vez se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza, el regalo y el placer. No sería mucho decir que la indevoción y la ociosidad parecian el día de hoy pruebas de nobleza; por lo menos son el efecto mas común de la opulencia, sobre todo en las mujeres del mundo, muchas de las cuales están persuadidas á que se calificarían de mujeres ordinarias, si las viesen trabajar en su casa y cuidar de su familia. ¿Logran bienes de fortuna? Pues

además de la profanidad y de las galas que las sorben toda la atencion y todo el tiempo, juzgarian abatir su calidad si se aplicáran á las obligaciones de su estado. Y si no, pregunto: ¿de qué clase de gentes se componen esas mesas de juego, esas visitas de la ociosidad, esas partidas de diversion, esos círculos, corrillos y concurrencias, de las cuales, por decreto del espíritu del mundo, está desterrado todo lo que no se acomoda á su gusto, y en las que se congregan todas aquellas cosas que concurren á extinguir todo movimiento de piedad y de religion? Allí todos se avergüenzan de parecer cristianos; no de otra manera que aquellos cobardes fieles de otros tiempos, que se avergonzaban de mostrar que lo eran á presencia de los gentiles. Allí se comienzan á abolir aquellas piadosas acciones, aquellos devotos actos mas antiguos, mas recibidos en la Iglesia, y mas acostumbrados de los verdaderos cristianos. Ya no se usa echar la bendicion á la mesa entre gentes de distincion y en mesas de respeto; eso se deja para religiosos y gente ordinaria. El abuso es escandaloso, es verdad; ¿pero qué importa si está autorizado por la costumbre y por el partido mayor? ¿Y despues de esto nos admiraremos de que se halle tan raras veces la inocencia entre la abundancia y en medio de las riquezas! Con todo eso esos mundanos y esos ricos en la última enfermedad se hacen cristianos; cuando la cercanía de la muerte los espanta, cuando ya no pueden ser tan disolutos ni tan impíos como en sana salud. ¿Pero será sobrenatural ese arrepentimiento? ¿Serán sinceras esas conversiones? ¿Y esos forzados actos de contricion llevarán al paraíso á unos hombres que solo piden misericordia cuando se ven en el último peligro?

*El Evangelio es del cap. 19 de S. Lucas.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Cierta hombre noble fué á un país lejano á tomar posesion de un reino, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dijo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detrás de él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros. Y sucedió que volviendo despues de tomar posesion del reino, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero, para saber cuanto habia negociado cada uno. Vino pues el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dijo: Alegrate, buen criado; porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas.



Y (el señor) dijo á éste: Tú también serás señor de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, he aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo: porque te temí; por cuanto eres un hombre austero, tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: sabias que yo soy un hombre austero, que tomo lo que no deposité, y que siego

lo que no sembré: ¿pues por qué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo lo recobrase con ganancias? Y dijo á los que presentes estaban: Quitadle á éste la mina, y dádsela al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo, que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia; pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

#### MEDITACION.

*Que cuesta menos ganarse que perderse.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay en toda la moral cristiana error mas comun, ni mas generalmente estendido, que la falsa idea que se tiene de la virtud y del pecado. Concíbese aquélla como una fruta toda erizada de espinas, y se figura á éste como una hermosa flor siempre brillante, lozana siempre, y que exhala continuamente de sí una esquisita fragancia, pronta siempre á cogerse con la mayor facilidad; al mismo tiempo que la virtud no se la puede alcanzar sin lastimarse, sin sudor y sin fatiga. Como estas preocupaciones solo se consultan con los sentidos, estos nada pueden responder que no las fomenten; porque la virtud siempre se presenta con un aire humilde, modesto y mortificado. En la escuela de la virtud solo se habla de violencias que se han de hacer, de pasiones que se han de domar, de cruces y de trabajos que se han de sufrir. Estas lecciones claro está que no agradan al amor propio, ni á un corazón tierno y poco experimentado. No es maravilla, pues, que la vida cristiana, la vida santa, retraiga y atemorice, sobresaltando á los sentidos; cuando al contrario, en la vida tibia, imperfecta y licenciosa todo los lisonjea, todo se adapta á las pasiones, todo es muy del gusto del amor propio. Confieso que todo esto es verdad, si se ha de hacer juicio de la vida cristiana y de la vida desarreglada por solas las apariencias, y que están muy acordes con la esperiencia este concepto y estas preocupaciones. Pero si el juicio se ha de arreglar á la fe, y aun á la razon na-

tural, no hay cosa mas falsa que esta idea. Consultemos lo que nos dice el Espíritu Santo en la Escritura; oigamos lo que nos enseña el mismo Jesucristo, y palparemos la falsedad de estas preocupaciones que se han hecho tan comunes. Oye lo que el Espíritu Santo dice en boca de los impios, de esos idólatras de sus gustos, de esos esclavos de sus pasiones: *Erravimus in via veritatis*: descaminados hemos andado en el camino de la verdad. Ahora que se disiparon las tinieblas, ahora que se deshizo el encanto, ahora que se desvaneció la ilusion, y ahora que discurrimos sin preocupacion y con serenidad, lo vemos, lo palpamos claramente. Apartámonos del camino de la salvacion. Entregámonos á nuestros apetitos; dimos contento á nuestros sentidos; dejámonos arrastrar del torrente de nuestras pasiones; abandonámonos al espíritu del mundo, y ves aquí que estamos condenados. ¿Y esto sería sin duda por no haberse querido hacer alguna violencia, por haber seguido un camino ancho, fácil, llano y divertido? Pero oigamos lo que ellos mismos confiesan: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis*. ¡Ah que no! en lugar de tomar el camino mas fácil y mas llano, nos metimos en el mas áspero y en el mas dificultoso. Las entradas eran risueñas y floridas; pero luego que nos empeñamos en él, comenzaron á punzarnos por todas partes las espinas: *Ambulavimus vias difficiles*. En un solo mes padecemos mas que padecen los buenos por toda la vida: no la tuvo mas austera ningun religioso, ningun penitente, ningun anacoreta: ¡qué sobresaltos en el corazón, qué inquietudes en el ánimo, qué despechos, qué violencias, qué sacrificios, qué servidumbres en el mundo, entre ese monton de libertinos, de disolutos, de falaces, de tramposos, de arrebatados y de vengativos! *Lassati sumus*, nos cansamos, nos fatigamos, nos reventamos; ¿y para qué? para perdernos. *Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt*: Esto es lo que dijeron en el infierno los pecadores. ¿Pero es entonces tiempo de conocer su locura?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no se explica menos claramente el Hijo de Dios sobre esta importante verdad. Quiero enseñaros, dice á sus apóstoles, una verdad que el mundo no puede comprender; esta es, que *mi yugo es suave y mi carga ligera*. Dejados decir lo que quisieren á aquellos que ignoran las verdades experimentales de mi doctrina. Exagéransen mucho en el mundo las imaginarias dificultades que se figuran voluntariamente en mi servicio: las almas cobardes, los corazones libres y estragados están persuadidos, y pretenden persuadir á



otros, que no hay cosa mas dura, mas triste, ni mas ardua que servirme: quieren creer, y quieren tambien que otros se lo crean, que cuesta horrores esto de salvarse uno; pero yo, dice Jesucristo, afirmo todo lo contrario: digo que no hay consuelo igual ni comparable con el que se gusta en mi servicio: digo, que mucho mas padecen los pecadores para condenarse, que mis fieles siervos en los mayores rigores de sus voluntarias penitencias. Pégase á los que están en mi servicio aquella misma dulzura del Señor, á quien generosamente sirven: *Discite à me quia mitis sum*. Es cierto que las pasiones son los tiranos del corazon del hombre; ¡y de estos tiranos ha de esperar el pecador sus gustos y su felicidad! Desengañémonos: las pasiones mas lisonjeras, aun aquellas mismas que segun el espíritu del mundo son las mas dichosas, no dejan de ser pasiones, y por consiguiente copioso, inagotable manantial de inquietudes, de zelos, de temores, de odios, de venganza, de turbacion, de sobresaltos, de lágrimas y de pesadumbres. Se disimula, es verdad; mas no por eso está el corazon menos oprimido, menos despedazado, ni menos afligido. Sirvese al mundo, y piérdese el pobre hombre en su servicio. ¿Pero donde hay mas dura servidumbre que la del mundo? En un solo dia se hace un cortesano mas violencia, se vence mas y tiene mas que sufrir en la corte, que un siervo de Dios en el discurso de un año. Aun en medio de las mayores diversiones, ¿cuanto hay que reprimirse, quanto que contenerse, quanto que mortificarse! No suelen ser los mas serenos, ni los mas tranquilos los dias de mayores fiestas y de mayores pasatiempos. Mujeres del mundo, hombres de negocios, gentes de la diversion, ¿no se os pudiera llamar con mayor verdad gentes de los disgustos, gentes de la esclavitud, y gentes dignas de la mayor compasion? ¿Como es posible que dejes de envidiar, á pesar de vuestra altanería y de vuestro estudiado disimulo, á aquellas almas santas, á aquellas almas tranquilas y bienaventuradas, que ya comienzan á gozar anticipadamente desde esta vida unos como destellos de los gozos celestiales? No por cierto, no aguardais á veros en el triste lecho de la muerte para tener envidia á la suerte de los buenos. Hay cruces, hay trabajos en todos los estados de la vida, hay adversidades, hay aflicciones; ¿pero acaso están exentos de ellas los pecadores en el suyo? ¡Ah! que sienten vivisimamente su amargura, al mismo tiempo que los siervos de Dios saben el secreto de hacer las soyas no solo meritorias sino dulces y agradables. Cuando no tuvieran mas que una esperanza tan bien fundada de recibir el premio cien doblado, está solo seria mas que bastante para endulzarlos lo mas

amargo de todas las aflicciones. Confesemos, pues, que hay mucho mas que violentarse, mucho mas que sufrir, mucho mas que padecer, y mucho mas que devorar para condenarse y para perderse, que para salvarse.

Haced, Señor, que todas estas reflexiones tan verdaderas, tan justas y tan convincentes, me acaben de desengañar de los falsos gustos de esta vida, y de disipar todos mis vanos temores. Grande es mi dolor y mi arrepentimiento, por haber vivido tanto tiempo tan miserablemente engañado.

JACULATORIAS. — Son los bienaventurados y felices en esta vida los que guardan fiel y exactamente la santa ley del Señor. (*Psaln. 118.*)

Piensas, pecador, que eres feliz, porque eres rico, y no sabes, pobre necio, que eres un hombre miserable. (*Apoc. 3.*)

#### PROPOSITOS.

1. Estando ya tan convencido de una verdad tan esencial, procede conforme á ella de hoy en adelante. Vive muy persuadido á que cuesta mas trabajo perderse que salvarse, y haz lo posible para persuadir lo mismo á todos, mas con tus obras que con tus palabras. Guárdate bien de dejarte vanamente espantar de estos términos de recogimiento, de mortificacion, de cruz, de penitencia y de retiro. Solamente las almas flacas y cobardes, los entendimientos limitados y poco cristianos se dejan amedrentar de la corteza, sin haber tomado el gusto á la sustancia. Entrégate á la virtud: date á una vida cristiana: al principio será menester un poco de constancia y de resolucion para vencer las primeras aprehensiones; pero no te asuste el vano terror de los sentidos, ni des oídos á los ligeros miedos del amor propio. Alborótanse á los primeros pasos las pasiones, pero se las doma con mas facilidad de lo que se piensa; y está seguro de que la gracia al cabo lo vence todo.

2. Emprende el camino de la virtud con toda resolucion: mira que el demonio solo es insolente y atrevido con los cobardes: para desarmarle basta una resolucion firme, y una determinacion animosa. Si á los principios te muestras tímido, si este fiero enemigo de la salvacion reconoce en tí la menor pusilanimidad ó desconfianza, te hará la guerra á sangre y fuego. Lleno de confianza en la bondad del amo á quien sirves, y en el poder de su divina gracia, ataca tú mismo al enemigo dentro de sus propias trincheras. No hay criatura mas cobarde que el demonio á vista de una alma verdaderamente cristiana.